

Art. 86. Nadie puede excusarse de servir el cargo de individuo de ayuntamiento ó jefe de policía, sino despues de haber tomado posesion de él; y los que, teniendo excepcion legal para excusarse, no lo hicieren á los ocho dias siguientes, no podrán ya renunciar dicho encargo, y concluirán precisamente su período.

Art. 87. En ningun caso se suspenderá la posesion á los nombrados en el dia señalado por la presente ley, sin embargo de los recursos de nulidad y quejas que puedan intentarse ó estén pendientes.

Art. 88. La protesta á que se refiere el artículo 9° de la ley general de 4 de Diciembre de 860, la harán los prefectos ante el Gobernador del Estado ó ante la autoridad que éste comisione, y los jefes de policía é individuos de Ayuntamiento, ante éste en manos del presidente de él, quien á su vez la prestará ante el presidente del Ayuntamiento cesante que para solo este acto se reunirá el 16 de Setiembre, disolviéndose en seguida.

Artículos transitorios.

Art. 1° La presente ley comenzará á surtir sus efectos desde su publicacion, y el ejecutivo del Estado procederá inmediatamente á organizar éste con arreglo á ella.

Art. 2° Para solo los efectos de la ley de hacienda expedida en 9 de Setiembre del corriente año, por esta sola vez, y entre tanto que ella acaba de plantearse, continuará considerándose dividido el Estado en los seis departamentos en que hoy lo está, pudiendo, en consecuencia, los prefectos de las cabeceras de ellos y las actuales juntas calificadoras, hacer uso en toda la extencion territorial de los mismos departamentos, de las facultades que les concede la misma ley.

Art. 3° Por esta vez, y entre tanto que comienza á surtir sus efectos la ley electoral respectiva, los individuos de Ayuntamiento y jefes de policía serán nombrados en los términos que previene el artículo 85 de la presente; y los nuevamente electos tomarán posesion de su encargo el 1° de Enero del año entrante, y durarán en el ejercicio de él, hasta el 15 de Setiembre del mismo año.

El Ejecutivo del Estado dispondrá se publique, circule y observe.—*Jesus Maciel*, diputado presidente.—*Carlos Garibay*, diputado secretario.—*A. Alvarez*, diputado secretario.

Por tanto, mando se imprima, circule y

observe, y se le dé el debido cumplimiento. Palacio del gobierno de Michoacan de Ocampo. Morelia, Noviembre 20 de 1861.—*Epitacio Huerta*.—*Francisco Figueroa*, secretario.

APELACION DE LOS MEXICANOS A LA EUROPA BIEN INFORMADA DE LA EUROPA MAL INFORMADA, POR EL C. CARLOS DE GAGERN.

*Wert thou all I wish thee, geat,
glorius and free, First flower of the
earth, and first gen of the sea, I might
hail the with prouder, with happier
brow, But oh! could I love the more
deeply than now?*

TOMÁS MOORE.

Si fueras tan grande, tan gloriosa y tan libre cual yo te deseo; si fueras la más bella flor de la tierra y la más rica joya del mar, te saludaría con frente más erguida y más feliz; pero ¿te amaría por eso más profundamente de lo que ahora te amo?

Al hombre de principios firmes é intransigibles, al modesto demócrata, al magistrado integérrimo, al presidente de la República Mexicana, D. Benito Juárez, dedica este opúsculo como testimonio de sincero afecto y profunda admiración, el autor.

INTRODUCCION.

En la proclama que el presidente de la República dirigió el 18 de Diciembre último á la nacion, con el objeto de refutar los injustos pretextos que alegan las potencias aliadas, y principalmente la España, para explicar y justificar la invasion que á mano armada han hecho á este país, ha sabido vencer la legítima indignacion que reciente todo corazón mexicano al ver tan incalificable atropellamiento de la autonomía é independencia nacionales, y recomienda y promete la más eficaz proteccion á los súbditos de las mismas naciones invasoras, que residen entre nosotros, dando en esto un solemne mentís á la calumnia, que seria ridícula si no fuera tan odiosa, en virtud de la cual se considera en Europa á los mexicanos como semi bárbaros y enemigos jurados de todos los extranjeros que vienen á establecerse en la República.

En el mismo sentido, aunque tal vez en términos menos explícitos, se han expresado casi todos los gobernadores de los Estados; pero mucho tememos que esto no

baste para rectificar la opinion errónea que tiene la Europa acerca de esta nacion.

Es, pues, conveniente, es necesario que por medio de publicaciones razonadas y escritas *sine ire nec studio*, se trate de restablecer la verdad de los hechos, de desvanecer las preocupaciones producidas por apreciaciones inexactas y á menudo apasionadas; en fin, de *apelar de la Europa mal informada á la Europa bien informada*.

Este es el objeto del presente folleto. Al escribirlo hemos deseado pagar con algo la acogida benévola y hospitalaria que hemos encontrado en este país, de la misma manera como lo ha hecho recientemente el Sr. Santacilia, en su victoriosa refutacion del discurso libelo, pronunciado en el senado español por el ex-embajador Pacheco, de triste memoria. Además, aunque de origen extranjero, nos gloriamos de tener ahora la ciudadanía mexicana, y este honroso título nos impone el sagrado deber de defender á nuestra patria adoptiva, sea con la espada, sea con la pluma, y de vindicar su honor ultrajado, su reputacion manchada, su dignidad vilipendiada.

"Victoria causa Diis placuit, sed victa Catoni;" y si Caton prefirió una causa que ya estaba vencida, porque la consideraba justa, ¿cómo hemos de vacilar en declarar nos partidarios de la más justa de todas las causas, que es la de la independencia de nuestra patria? causa que además dista mucho de ser vencida y perdida.

Una de las obligaciones de los caballeros de la edad media, era la de acudir presurosos á la defensa del hombre injustamente oprimido, y de tomar siempre parte por el débil contra el fuerte, por la victima contra el tirano.

¿Acaso esta caballerosidad ha desaparecido completamente del mundo?

¿En este siglo de oro, es decir, en que el oro es el soberano, no vale ya nada el acero blandido en favor de una causa noble, nada el entusiasmo en este siglo de especulaciones?

¿Ya no hay Lafayettes, que desertan de la corte más corrompida, del país más despiéticamente regido del mundo, y vienen á ofrecer su espada á una colonia que lucha heroicamente por sacudir el yugo de la metrópoli, y establecer su independencia y con ella el sistema republicano?

No podemos, no queremos creerlo así.

Los hombres valientes y generosos no vienen del antiguo continente al nuevo para defender á una nacion, cuya existencia se ve seriamente amenazada, y para

sostener á la vez la sublime causa de la democracia—y no cabe duda, que este es el verdadero é intimo sentido de la cuestion que actualmente se agita entre México y Europa—porque no nos conocen sino á través de un prisma falaz de mentirosos informes. La creencia de que la guerra contra México no es sino el preludio de una guerra de continente contra continente, del principio monárquico contra el democrático, se generaliza cada dia más, como lo indica entre otras cosas el siguiente párrafo de un periódico de Lima: "Parece acordado ya, que los Estados americanos acrediten ministros en México para observar lo que allí pasa, y con poder bastante para que, si fuere preciso, obren colectivamente. Es de suponer que los Estados Unidos y el Brasil concurrirán á esa cita dada tan oportunamente."

Nosotros no pensamos constituirnos en panegiristas de la República Mexicana, porque el primer deber de un escritor público es la imparcialidad, y no se nos oculta que muchos son los cargos y muy graves los que pueden formularse contra México—así como contra cualquiera otra nacion del globo;—pero sí queremos *apelar de la Europa mal informada á la Europa bien informada*.

Aun los europeos más ilustrados y ménos mal dispuestos respecto á México, lo conocen casi exclusivamente por la obra de Humboldt, y con razon dice acerca de ella el historiador mexicano Mora: "De cuanto se ha escrito sobre los asuntos de México, lo único digno de aprecio es el *Ensayo político sobre la Nueva España* del baron de Humboldt. Esta obra clásica será siempre apreciada, por el cuidado, diligencia y exactitud con que fueron acopiadas sus noticias. Son en ella de un interés permanente, ciertos artículos por su naturaleza invariables, cualesquiera que sean los cambios políticos que el país haya tenido ó pueda tener en lo sucesivo. En los otros, si el *Ensayo político* no está exento de faltas, satisfizo por lo menos la espectacion pública, y dió á conocer á México como hasta entonces no lo habia logrado ninguna obra. Pero México, despues de 1804, ha sufrido cambios de mucho tamaño, que han causado una variacion total en su fisonomía moral y política; de manera que quien pretenda conocer esta nacion por los rasgos con que la caracterizó Humboldt, incurrirá en graves errores, que lo alejarán enteramente de la verdad."

Pero los patrióticos esfuerzos del mismo

Mora, de Zavala y de otros muchos escritores imparciales "para contribuir á fijar el juicio de los pueblos civilizados sobre esta parte interesante del continente americano, desengañándolos de los multiplicados errores en que los han imbuido las relaciones poco exactas de los viajeros y los resentimientos de algunos," hasta ahora no han producido los resultados que eran de esperarse; y por este motivo es preciso ocuparse nuevamente en el mismo asunto, y más en las actuales circunstancias, hasta lograr el deseado objeto.

Mucho se precia el antiguo continente de los adelantos de su civilización; no queremos ahora investigar si esta obligación es tan completa, tan real y verdadera como quieren presentárnosla, ó si no se parece más bien á aquellas tumbas de que habla el Evangelio, blanqueadas y pintadas por fuera, pero dentro llenas de podredumbre. Basta consignar aquí un hecho, que por cierto no deja de ser curioso, y es, que en casi todas las partes del mundo, donde ésta tan alabada civilización europea ha puesto su planta, sus efectos inmediatos han sido más bien perjudiciales que benéficos.

Hablen por nosotros las Indias orientales, uno de los países más ricos del mundo, cuyos habitantes han sido diezmados por la metralla inglesa, solo porque ya no podían sufrir por más tiempo el hambre; la China, en donde el comercio británico hace circular un veneno destructor, porque su venta le produce dinero; el Japon, herméticamente cerrado hasta hace pocos años á la influencia europea, y la apertura de cuyos puertos comienza ya á producir igualmente funestos resultados.

Hable por nosotros sobre todo México, invadido y subyugado por la llamada *civilización* española del siglo XVI, la cual, en lugar de traernos, como pretendía la verdadera religión de aquel Jesus, quien desde el madero del Gólgota abre sus brazos para estrechar contra su corazón, ardiendo en santa fraternidad, á todo el género humano, sin distinción de las diferencias naturales, políticas y sociales, no nos trajo sino un fanatismo estúpido y brutal, acompañado de cadenas, tormentos y hogueras.

Este triste don ha sido, y es todavía, la causa de nuestras desgracias, pues las continuas convulsiones que agitan la República desde la independencia hasta nuestros días, no son sino los supremos esfuerzos que hace para arrojar de su cuerpo aquel veneno, que los conquistadores infiltraron en sus venas.

Se necesitan generaciones para cambiar en virtudes los vicios que nos dejaron por herencia nuestros ilustrados padres los españoles; en verdades las preocupaciones, en luces las tinieblas!

Hé aquí la verdadera y primitiva causa de nuestro malestar político y social; ¿quién, en vista de esto, se atreverá todavía á arrojar la primera piedra sobre nosotros, quién?

Les parecerá una mentira á los siglos venideros, cuando lean un día en la historia de esta época, que son precisamente los españoles los que tienen semejante atrevimiento; los españoles, autores de todos nuestros males; los españoles, que aun hoy día marchan siempre á la retaguardia del progreso humano; los españoles, que, llorando lágrimas de Júdas y bajo el hipócrita pretexto de compadecerse de nuestra deplorable situación, no anhelan más que empeorarla. "Se nos escapó tan rica presa, dicen; pero si no puede ya ser nuestra, que por lo ménos sea desgraciada."

La herencia del español vencido y arrojado fuera de este país en el año de 1821, es para México la túnica envenenada de Nesso, moribundo y vengativo!

Pero si de parte de España se comprende semejante despecho, ¿cómo se explica el extraño fenómeno de que la Inglaterra, que se considera como liberal por esencia y excelencia; que la Francia, cuyo corazón ha palpitado siempre por todo lo que es generoso y noble, se haya aliado á nuestra antigua dominadora?

La explicación no es difícil, y aunque sea necesario herir en esta parte muchas susceptibilidades, tenemos el suficiente valor de hacerlo, porque al descender el velo de tantas y tan infelices maquinaciones que se han tramado contra México, no nos guía otra mira que la de elevar nuestra voz en favor de nuestra patria, tan atrozmente calumniada, y la de *apelar de la Europa mal informada á la Europa bien informada.*

CAPITULO I.

Los extranjeros en Mexico.

Durante los tres siglos de la dominación española, la explotación de las inagotables riquezas de este país, fué privilegio exclusivo de los conquistadores.—Cuando México recobró por fin, después de una larga y sangrienta lucha, su independencia, tomando asiento entre las demas naciones soberanas, su primer paso fué, el de abrir

anchamente las puertas de la República á la inmigración europea, llamando é invitando á los extranjeros á que viniesen á gozar con los naturales de su hermoso clima, de su cielo siempre límpido y azul, de su vegetación exuberante, de la prodigiosa fertilidad de su suelo, y de las ricas venas de metales preciosos que encierran sus montañas; á gozar, sobre todo, de una libertad amplia y de una igualdad completa con los mismos habitantes del país.

Acudieron á este llamamiento multitud de europeos, y se vieron recibidos por los mexicanos con franca hospitalidad, con verdadera simpatía, demostrando éstos tanta modestia, que solo lo que venía de lejos, del extranjero, de la Europa, les parecía de algun valor.—Solo respecto á los españoles se hacia, como e a natural, en aquella época, una excepción, pues todavía estaban demasiado frescos los recuerdos de los actos de opresión y crueldad que habian cometido en el país.—El simple título de extranjeros equivalía entonces, y equivale aun hoy día en muchas partes de la República, á un certificado de profundos conocimientos y de una instrucción vasta y sólida.

Los mexicanos todavía se parecen en algo á los antiguos aztecas, que creían ver en cada hombre que venía del otro lado del Atlántico, á un hijo del sol, á un ser superior.

Pero esta modestia, esta desconfianza que tenían los mexicanos en sus propias luces, debía traerles muy tristes consecuencias.

Los europeos que emigran de su país, pueden dividirse en dos clases: unos se dirigen á lejanas regiones, con el único objeto de ganar dinero; otros—y por desgracia no representan sino un guarismo comparativamente insignificante—buscan un campo más vasto que el que les ofrece su país natal para ejercitar sus fuerzas, sus facultades, sus talentos. En las sociedades europeas todo está tan poblado, tan arreglado, tan completamente organizado, que no hay lugar para distinguirse por medio de sus trabajos, ni de abrirse por sus propios esfuerzos un camino hácia un brillante porvenir; apenas hay aire que respirar. Como dice la leyenda alemana: "todo allí tiene dueño," y el mismo Dios, para consolar al poeta que habia llegado tarde, y se encontraba excluido del reparto general, no pudo hacer por él otra cosa que ofrecer su propio cielo para que viviera allí con él.—¡Cuántos talentos, que en otros países hubieran sido la gloria y dicha de

una nación entera, mueren en Europa desconocidos en una miserable bohardilla!

Desgraciadamente los extranjeros que pertenecen á la segunda categoría, no forman en México sino raras excepciones, y éstos, sí, se hacen leales y adictos amigos de su nueva patria; la mayor parte son de la primera clase. Avidos de oro, no les importa nada el país de donde lo sacan. Riquezas quieren, para retirarse con ellas lo más pronto posible á Europa, y disfrutar allí de todos los gozos que aquéllas pueden proporcionar; pero no buscan una patria nueva, no han traído consigo á sus penates, no piensan formar aquí nuevos hogares. Quieren explotar el país, como antes lo han hecho los españoles, y poco se cuidan en servirle, mucho ménos en amarlo. Son aves de paso, y se consideran en la República como en un destierro, del cual tratan de huir tan luego como sus arcas estén llenas de dinero.

Muy incompletamente se ha realizado, pues, la esperanza de Zavala, quien escribió en el año de 1831: "Pocos son los extranjeros, que después de haber hecho grandes ganancias permanezcan en el país y se enlacen con familias mexicanas. Parece que se miran en él como en tiendas de campaña, para levantarlas luego que hayan concluido sus asuntos. En este punto debe esperarse mucha mejora con el tiempo."

Hasta las guerras civiles, tan funestas para los mexicanos, suelen convertirse para esa clase de extranjeros en medios de lucrar, pues les proporcionan la oportunidad de explotar sin remordimientos ni vergüenza, la rica mina de las *reclamaciones*, cuyas fatales consecuencias las estamos palpando ahora mismo.

Además, el concepto demasiado lisonjero, y por esto erróneo, que tienen los mexicanos de los extranjeros, se ha convertido poco á poco en pretensión injustificable y absurda de superioridad por parte de éstos últimos.

Segun el carácter de la nación á que pertenecen, buscan diferentes fundamentos en que apoyarla.

Unos, acostumbrados á escribir siempre su Yo con letra mayúscula, se creen de una raza privilegiada, porque su cútis es blanco en lugar de trigueño, su pelo rubio en lugar de negro; otros se envanecen porque tienen á Paris por capital, aunque hayan nacido en la Auvernia, y á un Napoleón I en su historia, aunque nunca hayan manejado más que el peine y las tijeras; otros que por casualidad han nacido de

padres protestantes, miran con alto desprecio al mexicano por ser católico, y se consideran muy despreocupados, porque Martín Lutero quiso suprimir á la Virgen, á los Santos, al Papa, y á cinco de los siete sacramentos—pero cuidado con quitar les los dos restantes!—y profundos filósofos, porque Kant y Hegel y Schelling escribieron obras sublimes, aunque nunca las hayan leído, ni tampoco pudieran comprenderlas; otros, en fin,—y estos son los peores—se tienen detrás de su mostrador por infinitamente superiores á los hijos del país, porque sus padres lo conquistaron un día, y sin acordarse de que con posterioridad fueron vergonzosamente expulsados del mismo, todavía andan por México con paso de dominador, soñando encontrarse en su colonia.

Por regla general, todos esos huéspedes quieren tratar á los amos de la casa como á sus criados; creen honrarlos mucho, si vienen á este país á hacerse en él ricos y poderosos; y es demasiado natural, que por estos motivos, la simpatía con que al principio fueron recibidos, se convierta poco á poco en diferencia y hasta en aversión. Y esto deberá suceder en tanto mayor grado, cuanto más rápidamente adelantan los mexicanos en la vía del progreso y de las reformas, y cuanto mejor saben calificar lo poco que vale esa mayoría de los europeos que vienen acá.

Puede ser que los emigrantes que se dirigen á los Estados Unidos, se compongan igualmente en gran parte de las clases menos ilustradas de las sociedades europeas, pero por lo menos no se presentan allí con ridículas pretensiones. Muy al contrario, anhelan como alto honor el de llamarse *United States Citizens*, y ántes de buscar posada, y sabiendo decir apenas *yes* y *well*, corren á la oficina respectiva para inscribir su nombre en el registro de los aspirantes á la ciudadanía americana, porque saben que el pabellón de las rayas y de las estrellas los cubre con su poderosa protección de uno á otro polo; mientras que México es débil ahora, y aunque estamos en pleno siglo XIX, respecto á individuos como á naciones, solo la fuerza da el respeto.

Habíamos oído comparar las aguas del Océano Atlántico con las aguas bautismales, en cuanto á que lavan y borran todos los pecados cometidos en el otro continente; pero ignorábamos que tienen además de esta virtud, la de dar instrucción y conocimiento. Esto es, sin embargo, lo que creen muchos de los extranjeros que vienen

á la República. Aunque no hayan visto del mundo mas que el pueblo donde nacieron, aunque apenas sepan leer y escribir, ó que á lo sumo hayan aprendido las cuatro reglas, aunque todo su capital consista en el exíguo precio de su pasaje, ó que hayan venido como un bulto de mercancías consignadas á una casa de comercio: al llegar á las playas de Veracruz se transforman por medio de una metamorfosis tan maravillosa como inexplicable, en hombres de mundo, en hombres de ciencia, y muy pronto han de ser tambien hombres de pesos y de peso. Al escuchar su conversación, cree uno encontrarse con profundos políticos, con hábiles extratéticos, con consumados financieros: con tan soberano desdén critican todo cuanto se hace en esta desgraciada República, que sin duda alguna marcharía mucho mejor, si el gobierno quisiera seguir los ilustrados consejos de hombres tan eminentes!

Pero no solo en conversaciones critican y calumnian á un país al que deben todo cuanto son, cuanto saben y cuanto tienen, sino que su ingratitud llega al extremo de mandar á Europa cartas y artículos y descripciones, llenas de las mas absurdas acusaciones contra los mexicanos, y de informes tan inexactos como malévolos, de modo que no tiene nada de extraño el que muchas personas en Europa se figuren que todavía nos paseamos aquí con un delantal de plumas por único vestido. No nos conceden ni una sola virtud en cambio de todos los vicios con que les place adornarnos, y si mencionan la innegable belleza y riqueza de este país, no es sino con el objeto de lamentar el que tan rico y hermoso patrimonio, haya caído en herencia á una nación tan indigna de poseerlo. No admiten ni una sola circunstancia que pueda atenuar nuestras faltas. No se les ocurre nunca abrir la historia para ver si otros pueblos, en iguales situaciones, no han cometido tan grandes ó tal vez mayores crímenes que los mexicanos.

Constituyéndose en jueces inexorables, pronuncian un fallo sin apelación; y este fallo es el que no valemos nada, que somos incapaces de gobernarnos, y que por este motivo la culta Europa tiene el imprescindible deber de borrarlos de la lista de las naciones independientes.

No vacilamos, pues, en asegurar que los falsos informes de gran parte de los extranjeros residentes en México, así como sus reclamaciones, á menudo completamente injustas, y casi siempre exageradas, nos han traído la intervención; y si no se

consiguiera hacer con las potencias invasoras un arreglo, sin menoscabo de la dignidad nacional, aunque satisfaciendo todas las pretensiones que sean justas y equitativas; si debiéramos tener guerra para rechazar la fuerza con la fuerza; si á pesar de las humanas y benévolas intenciones del supremo gobierno, y á pesar de la mansedumbre del carácter mexicano, esta guerra trajera consecuencias lamentables para esos hombres á quienes la nación ha calentado en su seno, y que en pago tratan de morderla y de matarla, de ellos sería la culpa. Ellos mismos habrían atraído sobre sus cabezas todas las desgracias que podrían sobrevenirles, y no tendrían derecho para quejarse.

Sin embargo, al hacer de muchos extranjeros residentes en la República un bosquejo tan poco favorable, pero desgraciadamente exacto, muy lejos ha estado de nuestro ánimo el querer demostrar la inconveniencia de la inmigración europea. Al contrario, siempre hemos sido decididos defensores de la inmigración, porque comprendemos, que para llevar al cabo la regeneración que se está efectuando actualmente en el seno de nuestra trabajada sociedad, si bien es verdad que no necesitamos de que la *presidan impasibles* cinco comisarios de las potencias aliadas, al frente de doce mil hombres armados, necesitamos, si, que vengan una multitud de extranjeros pacíficos, trabajadores, de moralidad é ilustrados, para infiltrar en la nación mexicana una nueva y vigorosa savia de prosperidad y progreso.

Lo mismo mata la atrofia que la plétora: así un país puede perecer lo mismo por la falta que por el exceso de población.

Que vengan, pues, extranjeros por millares y millones: la República es bastante vasta y bastante rica, para mantener aun á un número cuatro veces mayor de habitantes del que ahora tiene; pero que no piensen en constituirse en explotadores y después en calumniadores; que no vengan, sobre todo, con el único objeto de hacer aquí su fortuna y regresar en seguida á su país natal, sino con el de establecerse entre nosotros para siempre y de hacerse ciudadanos mexicanos.

Bajo este respecto, son malas todas nuestras leyes que se han dado sobre colonización, porque no tratan de amalgamar el elemento extranjero con el nacional. En nuestro concepto, el supremo gobierno debería empeñarse: primero, en modificar todos los tratados internacionales, conforme á los términos del que últimamente ha

sido celebrado con la Bélgica, "libertad de cultos como consecuencia de las leyes de reforma, *tratamiento nacional*;" y agregando, *la abolición completa del llamado derecho de extranjería*; segundo, en conceder toda clase de protección, franquicias y exenciones á los inmigrantes; pero con la expresa condición, de que después de haber residido en la República dos años sin interrupción, saquen su carta de nacionalidad, excepto ciertos casos que la misma ley determinaría.

No pretendemos que los mexicanos tengan mas privilegios sobre los extranjeros que los que se refieren á sus derechos políticos, pero mucho menos que los extranjeros sean mas privilegiados que los mismos hijos del país. Que participen de nuestra fortuna, pero que lleven tambien iguales cargas.

Ojalá desaparezcan del todo esas odiosas distinciones entre mexicano y extranjero. Ojalá, así como el esclavo que pisa el suelo de la República, es libre, el extranjero al llegar á México se convierta desde luego en mexicano de corazón, y después en mexicano de nacionalidad!

CAPITULO II.

CARGOS CONTRA MÉXICO.

Ya conocemos la fuente bastante sospechosa é impura de que emana la mayor parte de los mentirosos informes que han engañado á la Europa, y traídos la intervención armada.

Hombres desagradecidos al país que les recibió con generosa hospitalidad, y al que deben su posición social y su fortuna; reclamantes desvergonzados que elevan la voz al cielo, porque el supremo gobierno se negó á concederles, por un miserable tendejón que les fué saqueado, tal vez por una gavilla de ladrones, una indemnización de cien mil pesos; especuladores desalmados, en cuyo interés está promover continuos trastornos, y siempre nuevas y nuevas complicaciones, porque "á río revuelto ganancia de pezcadores;" agiotistas atrevidos que han conseguido cubrir sus créditos fraudulentos y sus bonos desconceptuados con algun pabellón extranjero, mediante quizá gruesas gratificaciones dadas á aquellas personas cuya obligación era la de sostenerlo elevado y limpio, y que—¡oh vergüenza!—lo dejaron ensuciar-se con semejante protección; y últimamente, aquel ex-embajador, que herido en su